

La Página Semanal

Programa de Fortalecimiento de la Educación Cristiana

Año 2, N° 48



Domingo, 29 de Agosto de 2004

La Lectura

Lucas 14:1, 7-14

En el día de hoy, Jesús nos confirma lo que nos enseñó la semana pasada y nos entrega una ayudita más. Como cristianos debemos comportarnos de manera cristiana. No sólo los domingos, sino todos los días de nuestra vida. En el texto de este domingo se nos da un excelente ejemplo de cómo debemos comportarnos, en especial, frente a nuestros prójimos y a la sociedad.

Vemos que Jesús ha sido invitado a comer a la casa de uno de los “principales fariseos”. Esto quiere decir que Jesús estaba sentado a la mesa con gente “importante” de la época. Es como si hoy nos invitaran a una cena a la casa de un diputado o senador. Seguramente todos los otros invitados van a querer sentarse entre los primeros puestos, para así poder salir en las fotos o estar cerca de alguien “importante” y así “sacar provecho” de su status social y político. Cuando hacemos eso, estamos tratando de hacernos más importantes de lo que realmente somos y además, le estamos dando más importancia a quienes no la merecen. Para Dios somos todos iguales. Todos somos hijos e hijas de Él, por lo cual no debe haber diferencias entre nosotros.

Jesús, viendo lo que sucedía, enseña que cuando llegamos a algún lugar, debemos colocarnos humildemente en el *último sitio*. Esto no es para dar lástima, sino que para dar espacio a la gente que realmente tiene que estar adelante. Es normal que queramos estar siempre al principio y ser siempre los primeros, pero como el mismo Jesús dice: *los últimos serán los primeros*. Como cristianos debemos dejar siempre el espacio para que otro (nuestro prójimo) se sienta antes que nosotros. Asimismo, si nos invitan a un banquete, tenemos que estar en disposición de servicio constante, a pesar de que somos invitados. Es por esto que nos sentamos al final y no al principio. Nuestro lugar es siempre al final, hacer el trabajo sin tener que mostrar la cara. Ayudar sin esperar recompensa; servir sin querer ser servido.

Ahora, lo más importante, lo encontramos en los últimos versículos (vv.12-14). Aquí Jesús nos explica que la invitación a su Gran Banquete, es decir, la Santa Cena, es para los necesitados, los pecadores, los ciegos, los paralíticos... o sea, nosotros, quienes necesitamos a Cristo, quienes pecamos constantemente, quienes

no podemos ver el amor de Dios y no nos movemos para hacer misión, etc. El don de fe y reconciliación que recibimos en la Santa Cena es lo que Jesús nos ofrece al invitarnos a su mesa. Esto es gratis porque Jesús ya ha pagado la cuenta con su muerte y resurrección, dándonos todo lo que necesitamos para vivir y no morir nunca: la fe y la resurrección. Sólo debemos ser humildes y reconocernos como pecadores para recibirla. Jesús nos invita a todos a su mesa, vayamos y sentémonos en su casa tantas veces como podamos y comamos junto a Él. Ésa será la mejor comida que podremos recibir... ¡y no se acaba nunca! Tal como el amor de Dios... que ¡no se acaba y alcanza para todos!

La Actividad

El infinito amor de Dios

Objetivo: Aprender sobre el amor de Dios.

Materiales: una bolsa con caramelitos para los chicos.

Acción: Reunimos a los chicos y hacemos una oración para comenzar el encuentro. Dejamos una bolsa de caramelitos sobre una mesa (puede ser otro tipo de cosa que les sea atractiva, como biromes de colores, calcomanías, etc.) y les decimos que pueden sacarlas cuando quieran. Es probable que se amontonen a buscarlos y que cada uno quiera llegar primero. Una vez que cada uno tenga el suyo, les pedimos que se sienten para compartir con ellos la enseñanza del Evangelio.

Para llevarlos a la reflexión de este domingo, les preguntamos ¿por qué ellos querían llegar primeros cuando se repartieron los caramelos? ¿Por qué no esperaron? ¿Por qué no pensaron si es que había alguien que tenía más hambre o simplemente tiene menos posibilidades de comer caramelitos? Puede ser porque no querían esperar, porque todos se lanzaron a los caramelos, porque querían uno antes de que se acabaran... las razones pueden ser muchas para alcanzar a tener cosas materiales, como los caramelos o las biromes. Pero con el amor de Dios es de manera diferente, es INFINITO, alcanza para todos, no importa en qué lugar de la fila estemos ni cuándo nos hayamos acercado, lo importante es “ponernos a la fila”.

Por eso Jesús nos dice que seamos los últimos. No hay apuro, el amor de Dios ya lo tenemos y no se acaba.

Tenemos presente que...

Isaías

Isaías ejerció su actividad profética en Judea, desde «el año en que murió el rey Uzías» (738 a.C.), hasta probablemente los principios del siglo VII; período en que reinaron Jotam, Acaz y Ezequías. Se sabe que a la esposa de Isaías se la llamaba «la profetisa», quizá porque su marido era profeta, y que tuvieron, por lo menos, dos hijos.

El libro de Isaías es el resultado de un importante trabajo de composición cuyas etapas son difíciles de establecer totalmente. Se formó a partir de varias colecciones de oráculos. Los 66 capítulos de este libro pueden agruparse en tres grandes secciones, formadas respectivamente por los capítulos 1–39, 40–55 y 56–66. La primera es obra de Isaías, sin embargo, de las dos siguientes no se piensa lo mismo. La segunda parte contiene la predicación de un anónimo, un continuador de Isaías y un gran profeta como él, al que se le llama Deuteroisaías o el Segundo Isaías. La última parte del libro ha sido considerada como obra de algún otro profeta o escuela profética a la que se le llama el «Trito Isaías», el Tercer Isaías.

Algunos datos dispersos entre los capítulos 1 y 39 del libro nos muestran a Isaías como un hombre influyente, miembro quizá de la clase aristocrática de Jerusalén en el siglo VIII y dotado de autoridad. Se postula que haya tenido una alta posición social, ya que intervenía en asuntos de estado con toda libertad o se relacionaba con sacerdotes y altos cargos de la capital del reino. Isaías desempeñó su ministerio en una época muy conflictiva, llena de violencia y marcada por la fuerte hostilidad de Israel y Siria. Isaías dedicó gran parte de su mensaje a los responsables políticos y militares de Judá, especialmente a aquellos que confiaban en salvar el país mediante pactos y acuerdos con otras naciones. La proclama profética de Isaías estuvo en todo momento ligada al acontecer histórico de la época.

Esta activa participación en los asuntos del país, hace de Isaías un héroe nacional. También es, por supuesto, un poeta genial: su estilo y la novedad de sus planteos, lo convierten en el «gran clásico» de la Biblia.

Sin embargo, su grandeza, sobre todo, es religiosa; Isaías quedó impresionado para siempre por la escena de su vocación en el Templo, donde tuvo la revelación de la trascendencia de Dios y de la indignidad del ser humano: Dios es el Santo, el Fuerte, el Poderoso, el Rey. El ser humano es un ser manchado por el pecado.

Isaías es el profeta de la fe, y en las grandes crisis que atraviesa su nación, pide que sólo se confíe en Dios: es la única posibilidad de salvación. Él anuncia al Mesías, descendiente de David, que hará reinar la paz y la justicia sobre la tierra y difundirá el conocimiento de Dios. En Isaías 53 encontramos el gran poema al siervo sufriente, que es una de las profecías más importantes sobre nuestro Señor Jesucristo.

*Yo oí la voz del Señor que decía:
«¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?».
Yo respondí: «¡Aquí estoy: envíame!»*

Isaías 6:8



Les recordamos que pueden encontrar este número de La Página Semanal, así como los anteriores, en la página Web de la IELU www.ielu.org. En la barra del costado izquierdo pueden ingresar al link llamado [Catequesis](#) y encontrarlos.



Iglesia Evangélica Luterana Unida
Marcos Sastre 2891 – C1417FYE Buenos Aires
Tel: 4501-3925 Fax: 4504-7358 catequesis@ielu.org